

*La educación es un proceso de participación en el cual debe desarrollarse la capacidad crítica, esencial para los nuevos ciudadanos del mundo. Se deben enseñar y aprender soluciones a los conflictos, a la guerra, a la violencia, al terrorismo, a la explotación de género, a combatir el daño ambiental y oponerse a todo lo que sea contrario a la vida y a la dignidad humana. Hay que aprender a comportarse para favorecer la transición de una cultura de guerra y de fuerza a una cultura de paz.*

*(...)*

*La filosofía es un pilar esencial porque contribuye a desarrollar capacidades exclusivas y distintivas del ser humano: pensar, imaginar, prever, ¡crear!*

Federico Mayor Zaragoza



# COMUNIDAD EDUCATIVA PARA LA PREPARACIÓN DE UNA CIUDADANÍA GLOBAL CONSCIENTE DE SUS DERECHOS Y DEBERES

## EDUCATIONAL COMMUNITY FOR THE PREPARATION OF A GLOBAL CITIZENSHIP AWARE OF ITS RIGHTS AND DUTIES

Federico Mayor Zaragoza

Presidente y creador de la Fundación Cultura de Paz

### Resumen

Al abordar cualquier reflexión sobre la educación es necesario hacer un replanteamiento completo del concepto de cultura, íntimamente ligado al de educación. La mejor manera de defender la identidad cultural es la interacción con otras culturas. Hoy ya no es posible vivir aislados. Estamos expuestos a múltiples influencias de todo tipo. La intemperie es buena. Las ventanas y la mente abiertas, sabiendo que nadie tiene mérito por haber nacido en un lugar determinado, hombre o mujer, blanco o negro. Y, por tanto, no podemos vanagloriarnos de lo que no elegimos. El mérito estriba en lo que se hace, no en quién o cómo se nace.

La gran prioridad es educación para todos a lo largo de toda la vida. La educación plena y verdadera sólo será posible en un clima de libertad, de respeto de los derechos humanos, de participación cívica.

La educación es un proceso de participación en el cual debe desarrollarse la capacidad crítica, esencial para los nuevos ciudadanos del mundo. Se deben enseñar y aprender soluciones a los conflictos, a la guerra, a la violencia, al terrorismo, a la explotación de género, a combatir el daño ambiental y oponerse a todo lo que sea contrario a la vida y a la dignidad humana. Hay que aprender a comportarse para favorecer la transición de una cultura de guerra y de fuerza a una cultura de paz.

### Abstract

*In any reflection on education, it is necessary to completely rethink the concept of culture, which is closely linked to that of education. The best way to defend cultural identity is through interaction with other cultures. Today it is no longer possible to live in isolation. We are exposed to multiple influences of all kinds. The outdoors is good. Open windows and an open mind, knowing that no one has merit for being born in a certain place, male or female, black or white. And, therefore, we cannot boast about what we did not choose. Merit lies in what you do, not in who or how you are born.*

*The top priority is education for all throughout life. Full and true education will only be possible in a context of freedom, of respect for human rights, of civic participation.*

*Education is a participatory process in which critical capacity, essential for the new citizens of the world, must be developed. Solutions to conflict, war, violence, terrorism, gender exploitation, combating environmental damage and opposing all that is contrary to life and human dignity must be taught and learned. We must learn how to behave in order to promote the transition from a culture of war and force to a culture of peace.*

*Parents, educators and pupils form a triangle whose vertices need each other, so that there can be no*

Los padres, los educadores y los alumnos forman un triángulo cuyos vértices se necesitan mutuamente, de forma que no puede haber una educación que forme ciudadanos del mundo si no existe esta interacción permanente entre los protagonistas del proceso educativo. Todos aprenden y se forman recíprocamente.

**Palabras clave:** Educación, toda la vida, padres, educadores, alumnos libres y responsables, transición, paz.

*education that forms citizens of the world without this permanent interaction between the protagonists of the educational process. Everyone learns and educates each other.*

**Key Words:** Education, lifelong, parents, educators, pupils, free and responsible, transition, word peace.





Educación no es capacitación, no es poseer información o formación en el uso de destrezas y habilidades técnicas. Es actuar en virtud de las propias reflexiones, ser «libres y responsables» como establece la magistral definición de la UNESCO en el artículo primero de su Constitución. Sin coacciones, sin presiones dogmáticas que pueden conducir al fanatismo, al determinismo. Y el preámbulo ya adelanta que tienen, para ello, que «inspirarse en los principios democráticos».

Ser uno mismo y alcanzar la plena capacidad para el ejercicio de las facultades distintivas de la especie humana.

Las directrices para poder ser, efectivamente, libres y responsables deben hallarse, en primer lugar, en la formidable experiencia, ese tesoro inexplorado, de los docentes, de las maestras y los maestros, de los profesores que durante años han vivido la enseñanza y el aprendizaje de cada uno de sus alumnos; y en los informes de Edgar Morin, Paulo Freire, Jean Piaget; en el informe *Educación para el siglo XXI* que presentó la Comisión que constituí siendo Director General de la UNESCO en el año 1991, y que fue presidida por Jacques Delors. En él se establecen cuatro grandes *avenidas* para la educación: aprender a ser, aprender a conocer, aprender a hacer y aprender a vivir juntos. Añadí aprender a emprender porque, considero importante insistir en ello, «el riesgo sin conocimiento es peligroso pero el conocimiento sin riesgo es inútil».

La libertad es el don supremo que está al filo exacto de las certezas y de las incertidumbres, de las luces y de las sombras, libres en cada instante de la existencia humana, ese misterio, quizás este milagro. «Soy porque sé, sé porque soy». Conscientes por saber que sabemos, «ojos del universo». Utilizar sin cortapisas el potencial inmenso del que está dotada cada persona es el gran reto de la educación genuina. Por eso debemos estar muy atentos a directrices sesgadas, interesadas, miopes, uniformizantes. La diversidad infinita que nos caracteriza puede plegarse a tra-

zos excluyentes y reductores que pretenden afectar y modular el comportamiento cotidiano, expresión máxima de la cultura. La máquina, que hoy contribuye a la capacidad de expresión irrestricta, que permite la participación que nos estaba vedada hasta este momento, debe hallarse siempre al servicio de la humanidad y no al revés.

Educación para, como establece la Carta de la Tierra, ser ciudadanos del mundo y

com-partir  
com-padecer  
com-prometerse  
con-vivir...  
des-vivirse por los demás.

Compromiso social y solidaridad para forjar una cultura de paz y no violencia, para facilitar la transición histórica de la fuerza a la palabra.

La creatividad. Cada ser humano es capaz de crear esperanza de la humanidad. Por ello, es preciso que el proceso educativo se base, fundamentalmente, en el desarrollo de estas facultades supremas de cada ser humano.

Ser educado no significa saber muchas lenguas, matemáticas o física, sino vivir sin fanatismo, dogmatismo, supremacismo, con las alas libres de adherencias para el vuelo alto en el espacio infinito del espíritu.

Es también preciso no confundir conocimiento con información y, sobre todo, información con noticia. La noticia es información sobre lo que acontece de modo insólito, no habitual, extraordinario. Y es, por tanto, imprescindible situar la noticia en su contexto para conocer con precisión su relevancia, qué significa realmente.

«Nosotros, los pueblos...», así se inicia la primera frase de la Carta de las Naciones Unidas. El veto de los cinco vencedores de la Segunda Guerra Mundial ha impedido, desde el mismo momento de su creación, la puesta en práctica de los que deben ser, gra-



cias a una educación que les convierte en ciudadanía consciente, los grandes actores del futuro.

Hasta hace muy pocos años, gran discriminación, siempre bajo un poder absoluto masculino. Ahora, en poco tiempo, la igual dignidad que proclama el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se está abriendo camino. Sea cual sea el género, la creencia, la etnia, la ideología... todos iguales en dignidad y capaces de expresarse libremente, gracias a la tecnología digital. Ahora ya podemos, ahora ya debemos. Hasta hace muy poco los seres humanos eran invisibles, anónimos, obedientes, sumisos, silentes. Se hallaban confinados intelectual y territorialmente en espacios muy limitados. Hoy ya no son, progresivamente, espectadores, sino actores, súbditos, ciudadanos plenos y educados.

Ahora las personas ya pueden participar, ya pueden expresarse, ya pueden conocer lo que acaece en su entorno, cómo vive su prójimo, próximo o lejano. Ya pueden comparar, apreciar lo que tienen y apercebirse de las precariedades ajenas. Pueden anticiparse, pueden prevenir...

Estos seres humanos activos ya no son mayoritariamente hombres. La igualdad de género —piedra angular del «nuevo comienzo» que vivimos— está avanzando de forma prodigiosa y no mimética.

En los últimos años se ha hecho caso omiso de la educación para ser y se han escuchado y aplicado las recomendaciones de instituciones económicas, como la OECD, especializadas en el *tener*. Estos son errores

que ha impuesto un suprapartido político, una mayoría parlamentaria absoluta que ahora es necesario corregir lo antes posible. Lo «absoluto» es la antítesis de lo «democrático».

Los maestros son, junto a los padres, los primeros guardianes de los principios educativos. Pero el contexto social tiene una enorme influencia, tanta que el poder mediático actual llega, a través de los medios audiovisuales, escritos y, en especial, por las redes sociales e Internet, a atraer de tal modo la atención de los usuarios, que se desvanecen a su lado las prácticas didácticas habituales. Para «dirigir con sentido la propia vida», según definió el proceso educativo Francisco Giner de los Ríos, es necesaria una «reapropiación del tiempo para pensar, para decidir, para ser uno mismo».

El mundo en el que hoy vivimos y al que debemos, por tanto, tener en cuenta, está siendo sucesivamente desvelado, habiendo adquirido buena parte de los seres humanos una conciencia global, una ciudadanía mundial. El número de mujeres que influyen con las facultades que les son inherentes en la toma de decisiones aumenta sin cesar. Los medios digitales, bien utilizados, permiten, además de una participación democrática insólita, alcanzar la ciudadanía plena, es decir, llevar a efecto la transición esencial de súbditos a ciudadanos. Solo de este modo podremos poner en práctica, por fin, la cultura de paz —la definición suprema de cultura es el comportamiento cotidiano— y transitar de la fuerza a la palabra. De la razón de la fuerza, a la fuerza de la razón... Ahora, gracias a una

comunidad educativa preparada para transitar por las cinco avenidas del proceso educativo, esto ya es posible. La educación, cauce y semilla de la nueva era. «Caminante no hay camino, se hace camino al andar», nos advirtió el gran Antonio Machado.

Aprender a ser plenamente *humano*, es decir, dotado de las facultades exclusivas y distintivas de pensar, imaginar, prever... ¡crear! En esto consiste la auténtica educación. Lo demás son capacitaciones, formación especializada, adquisición de destrezas técnicas.

La filosofía es un pilar esencial porque contribuye a desarrollar estas capacidades fundamentales. De todo lo que aprendí en la escuela y el instituto, lo que más me ha ayudado, incluso desde un punto de vista bioquímico (Heráclito, Leibnitz), ha sido la filosofía, porque ayuda a ser humanamente y científicamente.

Cada ser humano es un ser único, irrepetible, que se diferencia de los demás permanentemente. No es que haya salido así, distinto y ya no se mueva. Desde un punto de vista biológico, tenemos las mismas características que todos los demás seres vivos, incluidos los vegetales. Tenemos la misma moneda, tenemos el mismo lenguaje, el mismo código genético. Podemos predecir hoy cómo se van a comportar los demás seres vivos, puesto que hemos descifrado el lenguaje de la vida. Podemos ya decir cómo se van a comportar todos los seres vivos, con la excepción, precisamente, del ser humano. El ser humano tiene una cualidad desmesurada, tiene algo que lo hace absolutamente distinto a los demás: crear. Y, por tanto, no podemos predecir su comportamiento, porque depende de él mismo.

Cada ser humano es único. Sólo por el diseño de las huellas ectodérmicas, podemos diferenciar a los casi ocho mil millones de seres humanos que hoy habitan la Tierra. ¡Qué maravilla!, ¿verdad? Ser cada uno único, hasta el límite de lo imaginable y, por tanto, impredecibles en nuestro comportamiento. Poseemos una facultad que es característica, que es exclusiva de la especie humana, que es la capacidad de pensar, la capacidad de inventar. Favorecer nuestra capacidad de reflexión, de pensar, de imaginar. Eso es lo que tenemos que hacer. Eso es «Educación».

Los tiempos actuales demandan una adaptación en el concepto de educación pero sin olvidar nunca la esencia y los principios básicos de la misma que no se deben cambiar. La educación durante toda la vida constituye la herramienta más poderosa de la democracia. Educación a lo largo de toda la vida, como fuerza emancipadora, liberadora, como forjadora de un comportamiento personal, decidido con total autonomía. Eduardo Galeano escribió: «Libres son quienes crean, no copian. Quienes piensan, no obedecen. Enseñar es enseñar a dudar». Ya no se trata de estruc-

turas locales, cerradas y estáticas, sino de un sistema global abierto y en continua evolución, movido por el ritmo trepidante que le impone el progreso de las comunicaciones y la aceleración de los intercambios de todo tipo y de las tendencias culturales y sociales. Estos cambios han alterado los tejidos familiares, sociales y políticos de tal modo que el ciudadano del siglo XXI no tiene ya los mismos marcos de pertenencia –país, raza, religión, género, etc.– que conocieron las generaciones anteriores.

Aunque el carácter impositivo fuera definitorio en los orígenes de la docencia, mal podría conciliarse hoy educación con docilidad o sometimiento a una autoridad u opinión ajena. En esta época, educar ha llegado a ser casi lo opuesto: forjar el carácter y la mente de un ser humano y dotarlo de autonomía suficiente para que alcance a razonar y decidir con la mayor libertad. Es lo que a mí me gusta referir como «soberanía personal». Ni la libertad ni el desarrollo son posibles sin recursos humanos; no hay progreso, equidad o estabilidad institucional sin ciudadanos cualificados y responsables, sin hombres y mujeres dotados de esa «soberanía personal» que constituye la base de la libertad de los pueblos.

«Conócete a ti mismo» era el precepto que Sócrates repetía a sus discípulos. En la medida en que cada ser humano tenga un *sí mismo*, una vida espiritual propia y diferenciada, podrá desarrollar gustos y criterios auténticos, será libre. Por eso la educación es la herramienta más poderosa de la democracia.

La condición *sine qua non* para que ese futuro llegue a ser luminosa realidad, es la educación permanente para todos. Porque la educación contribuye decisivamente a mejorar las condiciones de vida y a frenar el radicalismo y la violencia, que tienen en la miseria y la exclusión su mejor caldo de cultivo.

Al abordar cualquier reflexión sobre la educación, es necesario hacer un replanteamiento completo del concepto de cultura, íntimamente ligado al de educación. La mejor manera de defender la identidad cultural es la interacción con otras culturas. Hoy ya no es posible vivir aislados. Estamos expuestos a múltiples influencias de todo tipo. La intemperie es buena. Las ventanas y la mente abiertas, sabiendo que nadie tiene mérito por haber nacido en un lugar determinado, hombre o mujer, blanco o negro, por tanto, no podemos vanagloriarnos de lo que no elegimos. El mérito estriba en lo que se hace, no en quién o cómo se nace.

La transición histórica de la fuerza a la palabra no será una realidad hasta que no se movilice la participación ciudadana por la comunidad docente, científica, artística y creadora, en suma, que es la que puede «dirigir con sentido» este cambio de «rumbo y nave»

que se avecina, en palabras de José Luis Sampedro. Para ello es fundamental que la educación superior no se conciba como una especialización sino como la capacidad de ser libres y responsables a nivel superior. Educación superior: lo único que se tiene que hacer es tener bien claro este concepto, y facilitar desde las primeras etapas del proceso educativo la formación en filosofía, la gran asignatura, la creatividad, la capacidad de conciliación, de interlocución, de mediación... de vivir juntos, de vivir en paz. La transición de una cultura secular de guerra —*si vis pacem, para bellum*— a una cultura de conciliación, diálogo, alianza y no violencia, requiere que sean ciudadanos plenos y no súbditos los que marquen a sus representantes las grandes pautas de gobierno. La capacidad de participación ciudadana permitirá la consolidación de una democracia genuina. Actualmente, en las urnas, los ciudadanos son contados, pero a continuación no cuentan, no son tenidos en cuenta que es en lo que consiste la democracia.

La gran prioridad es educación para todos a lo largo de toda la vida. Educación para todos, empezando por los que ocupan posiciones de relieve, por los que se hallan encumbrados en la toma de decisiones, los gobernantes, parlamentarios, alcaldes y consejos municipales. Son ellos los primeros que deben ser educados y actuar libre y responsablemente en el desempeño de sus cargos, que sobre tantas vidas influye.

La educación plena y verdadera solo será posible en un clima de libertad, de respeto de los derechos humanos, de participación cívica.

El futuro de la especie humana depende en gran medida del éxito de la tarea de poner la educación al alcance de la gran mayoría. Decía Víctor Hugo que «el porvenir está en las manos del maestro de escuela». Solo dando a la educación la prioridad absoluta que merece, lograremos transmitir los valores universales que son el sustrato y el vínculo de la infinita diversidad cultural de la especie humana. La educación permanente para todos es, pues, el instrumento idóneo para reducir las asimetrías y las injusticias que, tanto en el ámbito internacional como en el intranacional, constituyen la raíz misma de los conflictos y la violencia.

Cuando tuve el honor de ser Ministro de Educación y Ciencia en España, presté especial atención a los profesores de todos los grados, como requisito esencial de una democracia auténtica. La educación es la solución. La democracia es la solución.

¿Cómo formar, en las circunstancias actuales, a buenos educadores sociales, maestras y maestros sobre la base de la igualdad, la justicia, la palabra y no la imposición? El rigor científico, la personalización necesaria, es el gran reto al que este estudio colectivo da respuesta.

Se basa en la implicación, en el compromiso para aplicar a tiempo las pautas propias de la educación que hoy es exigible y apremiante. «Dímelo y lo olvido; enseñámelo y lo recuerdo; involúcrame y lo aprendo», proclamó Benjamín Franklin. Considero muy importante recordar, en momentos en que disponemos de tanta información que no somos capaces de convertir en conocimiento, la cita del profesor Hans Krebs: «Ver lo que otros también ven y pensar lo que nadie ha pensado: este es el progreso». Los imposibles de ayer son posibles hoy, si somos capaces de discernir entre información y conocimiento. En efecto, los focos de la información se centran en noticias que, por su propia naturaleza, refieren lo insólito, lo extraordinario. Debemos ser siempre capaces de ver lo invisible, lo ordinario, lo que hace la inmensa mayoría, que no se conoce al no hallarse iluminado por los focos de la información y de la comunicación. «Solo en la medida en que seamos capaces de ver los invisibles, seremos capaces de hacer los imposibles», sentenció Bernard Lawn al recibir el Premio Nobel de la Paz en 1985. El porvenir está por hacer. Debemos inventarlo. Es una labor de todos, no de unos cuantos.

Educación es, por tanto, promover en cada ser humano la capacidad de crear, de expresarse, de manifestarse, de hacer *nuestro* porvenir. A mí me gusta mucho decir que el porvenir está por hacer. El pasado ya está hecho, y del pasado tenemos que extraer las lecciones, claro que sí. Por eso lo tenemos que conocer, tenemos que saber lo que ha pasado, y tenemos que describir bien el pasado, tenemos que describirlo fidedignamente para que sepamos qué es lo que ocurrió y que, por tanto, decidamos lo que nos gusta mantener y lo que lo que nos gusta cambiar. Pero el pasado, que nadie se engañe, el pasado ya está escrito. Lo dijo nada menos que Antonio Machado. El pasado ya está escrito, pero tenemos algo maravilloso que hacer todos juntos, que es escribir el futuro. Y escribir un futuro que sea distinto, en la medida en que pensemos que muchas de estas cosas tienen que cambiarse y otras que conservarse. Escribir el futuro: esta es nuestra gran responsabilidad y es la responsabilidad de personas educadas, es decir, de personas que se comportan según su propia reflexión y que son capaces de expresarse, de intercambiar ideas.

En la medida en que tengamos mejores docentes y mejores educadores seremos capaces de establecer el futuro; en la medida en que la educación sea a lo largo de toda la vida y que los parlamentarios y los gobernantes sean libres y responsables representando a ciudadanos, asimismo, libres y responsables, se producirá el nuevo comienzo en la historia de la humanidad, que estará a la altura de las desmesuradas facultades propias de cada ser humano.



Es hoy necesario y apremiante, entre tantos enfoques e informes que confunden educación con capacitación y conocimiento con información, y lo que es todavía peor, con noticia, impulsar la Filosofía en todos los grados del aprendizaje.

La más relevante lección de la crisis mundial producida por el coronavirus es que el conocimiento es el pilar fundamental de la nueva era. En pocos años se han producido profundos cambios de índole muy diversa que deben permitir ahora, si seguimos asidos al recuerdo y no permitimos que, una vez más, los pocos distraigan y amilanen a los muchos, alcanzar los siguientes grandes objetivos: la dignidad igual de todos los seres humanos, sea cual sea su género, etnia, ideología, creencia; la participación de la ciudadanía a escala nacional (democracia real) e internacional (multilateralismo democrático), para el pleno ejercicio de una gobernanza que excluya los artificios plutocráticos (G7, G8, G20) del neoliberalismo y asegure un correcto legado intergeneracional; la movilización popular presencial y en el ciberespacio porque, por primera vez en la historia, todos pueden expresarse y comunicarse gracias a la tecnología digital; aplicar sin demora un nuevo concepto de seguridad para hacer frente no solo a los conflictos territoriales sino a las catástrofes naturales o provocadas; un nuevo concepto de trabajo que libere a la humanidad de muchas tareas que no requieren el uso de sus facultades distintivas, siempre la máquina a su servicio y nunca al revés; educación a lo largo de toda la vida, que no se confunda con capacitación, desarrollan-

do la autonomía personal, las facultades reflexivas y creativas; inaplazable puesta en práctica de la Agenda 2030 (Objetivos de Desarrollo Sostenible), teniendo en cuenta la prioridad indiscutible de los procesos potencialmente irreversibles. La educación es, como la justicia, la sanidad y la ciencia, tema suprapartido político. Se dirige a la ciudadanía en su conjunto, sin discriminación alguna, y no puede concebirse desde ideología, creencia e identidad cultural alguna.

El ciberespacio nos brinda nuevas oportunidades educativas que no debemos desaprovechar. Pero para asegurar la calidad de sus contenidos, es necesario —como ya he expuesto en otras ocasiones— un código deontológico. La mejor pedagogía, la única, es la del amor y el ejemplo. Y la del amor, la asumida en un contexto familiar armonioso, y aprendida con ternura y afecto hacia los educadores y de los educadores hacia los aprendices. El educador es el protagonista principal y no basta con utensilios, por muy sofisticados que estos sean. María Zambrano dijo que «sin educación para la paz no habrá desarrollo duradero. Una vez más, el maestro es el responsable, aunque no él solamente, de la suerte del mundo».

Es una falacia decir que vivimos en la sociedad del conocimiento y la información. En realidad, solo algunos privilegiados, apenas un 5 por ciento de la población en los países más desarrollados, tiene acceso a los nuevos medios de comunicación e información. Pero esa montaña de datos e información se tiene que convertir en conocimiento mediante la reflexión y el pensamiento, tiene que convertirse en formación y solo



así, desembocará en sabiduría. Elliot decía: «¡Cuánta sabiduría se diluye en el conocimiento, y cuánto conocimiento en la información!». Tiene que quedar, por tanto, muy claro, que la educación depende, no de los medios de información, que ayudan, sino, primero, de la madre; después, del padre; después, de los maestros; después, de los libros —los libros son excelentes, porque en ellos hay un diálogo entre el lector y el autor, una dialéctica permanente que hace que se maduren los temperamentos y los hábitos, y se hagan más conscientes— y, por fin, de los medios informativos.

Se trata de acordar un sistema educativo en el que la educación superior, además de completar la formación de ciudadanos a la altura de las circunstancias, en tiempos de grandes incertidumbres, pueda estar también en la vanguardia de los cambios radicales que son exigibles.

¿Educación?, educadores. La educación es, sí, rotundamente, la piedra angular del futuro, a escala personal y colectiva. En materia de educación, la discrecionalidad, la improvisación, la imposición de un modelo determinado, de una ideología dada, siempre acaban en retrocesos sociales muy considerables. ¿Quién sabe de educación? Los docentes, las madres y los padres, los pedagogos, los filósofos... y es a ellos a quienes debemos consultar y cuyas directrices debemos seguir.

No más Informes PISA, propios de un sistema economicista, sino inspiración en los grandes referentes que, recogiendo a su vez las directrices de ilustres pedagogos, puedan iluminar los pilares esenciales de

la educación para todos a lo largo de toda la vida: la Constitución de la UNESCO (1945), la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), la Convención de los Derechos de la Infancia (1989), el Plan de Acción Mundial sobre la Educación para los Derechos Humanos y la Democracia (Montreal, 1993), el Informe de la Comisión presidida por Jacques Delors sobre «Educación en el siglo XXI» (1996), la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre el Decenio Internacional de una cultura de paz y no violencia para los niños del mundo (2001–2010) (1998), la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz (1999), la Carta de la Tierra (2000), etc.

Debido a las rápidas y continuas mutaciones que experimenta la sociedad, todos los actores implicados en el proceso educativo sienten la necesidad de disponer de contenidos educativos adecuados a las exigencias actuales. Por ese motivo, nunca antes ha revestido la educación tanta importancia, ya se trate de la expansión del alumnado, de los recursos que se le asignen o de la función que cumple en la sociedad, que se ha convertido mundialmente en una sociedad del saber.

Ayúdame a mirar, a contemplar la Tierra en su conjunto, a pensar y sentir el misterio de estar viviendo, a ser conscientes de los 8.000 millones de seres humanos —los «ojos del universo»— que comparten nuestro destino. Esta es la gran labor de los padres y madres, de los maestros y maestras, de los medios de comunicación: ayudar a toda la ciudadanía, especial-

mente a los jóvenes, a observar y reflexionar sobre el conjunto de la Tierra y quienes la habitan.

Es muy importante que madres y padres tengan conciencia de la responsabilidad que supone ser los primeros educadores de los hijos. Es una responsabilidad por igual, si bien creo que la madre tiene un peso específico considerable. Madre, padre, maestros, libros, medios de comunicación, medios de información, pero no al revés, pero no al revés. Porque, al revés, nunca tendremos esta tensión humana, esta capacidad de comparar, esta capacidad de compartir a la que aludía unas líneas más arriba.

Existe un amplio consenso sobre la necesidad de cambiar en profundidad la educación, transformándola en un proceso guiado por una visión de conjunto de la sociedad futura. La creciente demanda de educación implica no solo más oportunidades de aprendizaje, sino oportunidades diferentes. La demanda de conocimientos avanzados que hoy se da en el mundo entero tiene implicaciones profundas en la relación entre la educación y la sociedad.

Tenemos que saber dirigir con sentido la propia vida y expresar nuestros puntos de vista. Expresarnos tanto personalmente como institucionalmente, para que, entre todos, escribamos, inventemos un futuro distinto. Inventar nuestro futuro, saber que el porvenir está por hacer es lo que nos tiene que dar alas. Es lo que nos tiene que hacer usar nuestra libertad. La educación es un proceso de liberación. ¡Qué bien cuando esto se practica y se percibe desde el principio! La educación libera. Quita de las alas de cada persona las adherencias, las adicciones, todo aquello que puede reducir esta libertad de actuar en virtud de nuestro propio pensamiento, en virtud de nuestra propia meditación. Quiere decir, por tanto, que tenemos que hacer una reapropiación del tiempo para la reflexión, para la filosofía, para realmente ser nosotros mismos. Y ser inventores y decir que queremos inventar nuestro destino. No queremos que sea siempre el poder, con esta vertiente mediática, el que dirija nuestros pasos. Queremos que sea cada uno de nosotros el que dirija sus pasos, el que escuche a los demás, el que, en una palabra, se comporte como ciudadano educado.

Necesitamos una sociedad de conocimientos como contrapartida de la sociedad de la información transformando la información en saber. La gente clama por un mundo en el que cada cual tenga la oportunidad constante de desarrollar plenamente sus potencialidades intelectuales y creativas. Nadie, ni una sola persona, debe sentirse condenada a un exilio permanente del mundo del saber. Es una cuestión de

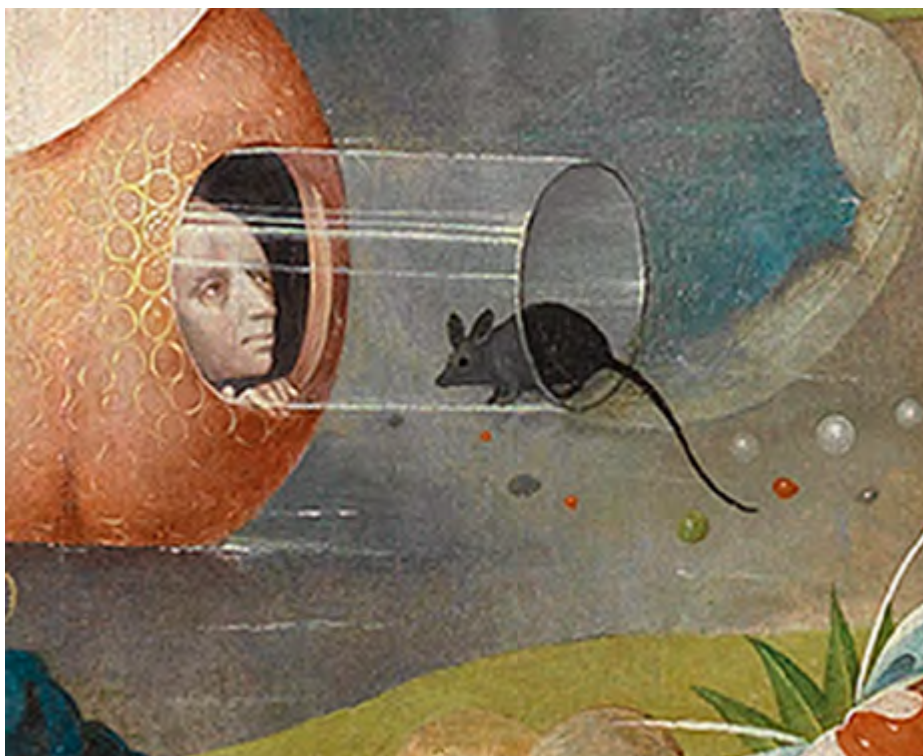
dignidad humana. Es, de hecho, una cuestión de auténtica democracia.

La solución ante los problemas y retos que enfrentamos en la actualidad es la democracia a escala local y mundial: la voz de los pueblos, de todos los pueblos. Con ellos alcanzaríamos la «solidaridad intelectual y moral de la humanidad» que proclama la constitución de la UNESCO, uno de los documentos más luminosos del siglo XX, que comienza así: «Puesto que las guerras nacen en las mentes de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz». Construir la paz a través de la educación de todos durante toda la vida.

Educación no es la escuela. Educación es todo, todo en la vida, a lo largo de la vida, y educación para todos, empezando por los que nos gobiernan, por los que en nuestro nombre dirigen las democracias. Ellos son a los primeros a quienes debemos procurar que estos principios educativos sean muy claros. En el artículo primero de la Constitución de la UNESCO se establece: «Tenemos que utilizar métodos educativos adecuados para preparar a los niños del mundo entero a las responsabilidades del hombre libre». Quiero destacarlo, porque los conceptos de responsabilidad y de libertad son dos grandes conceptos de la educación. Tenemos que procurar que primero sean libres, que no estén condicionados en sus decisiones. Como antes les decía, que actúen en virtud de sus propias reflexiones. Pero después, tenemos que decir, desde el primer momento, que tienen que ser responsables, actuando en virtud, precisamente, de estos conocimientos que han adquirido, de estas reflexiones que han realizado y de la escucha de los puntos de vista de los demás. Estos puntos de vista de los demás se pueden recibir también a través de libros, a través de los medios informativos.

Educación es lograr que se esté en condiciones de ejercer plenamente las cualidades distintivas de la especie humana: pensar, imaginar, anticiparse, ¡crear! Educar para facilitar que toda persona sea capaz de diseñar su propio futuro, inventarlo, reflexionar y actuar en virtud de sus propias decisiones y no al dictado de nadie ni de dogma alguno. Son ellos, los así formados, los que pueden ahora adquirir conocimientos, destrezas y habilidades. Son educados capacitados, frente a los capacitados maleducados que resultan del proceso inverso, que tan peligrosamente promueven quienes educan para tener y no para ser.

He contado muchas veces la anécdota de la Directora de un centro escolar próximo a Ouagadougou, la capital de Burkina Faso, que acaeció en 1989 cuando visité este bellissimo país centroafricano como Director General de la UNESCO, con el Presidente y mi-



nistros. Hablamos en el centro aludido el Presidente y yo sobre la educación en África. La Directora seguía con atención nuestras palabras con una sonrisa en los labios, que resultó no ser de satisfacción sino de ironía: «Señor Director General: me ha gustado lo que ha dicho, pero ¿por qué la UNESCO, UNICEF, las ONG... todos vienen a darnos consejos en lugar de escuchar los nuestros? Llevo 26 años dedicada a la enseñanza, y no me cabe duda de que somos los maestros africanos los que debemos, en primer lugar, diseñar nuestro sistema educativo».

Me impresionó tanto que, al llegar a la sede de la UNESCO, decidí que a partir de entonces todos los programas educativos se llevarían a cabo con los docentes, después de saber en qué y cómo debíamos cooperar. «A la escucha de África» o de Asia... se denominaron en lo sucesivo los programas de la UNESCO.

La educación es un proceso de participación en el cual debe desarrollarse la capacidad crítica, esencial para los nuevos ciudadanos del mundo. Se deben enseñar y aprender soluciones a los conflictos, a la guerra, a la violencia, al terrorismo, a la explotación de género, a combatir el daño ambiental y oponerse a todo lo que sea contrario a la vida y a la dignidad humana. Hay que aprender a comportarse para favorecer la transición de una cultura de guerra y de fuerza a una cultura de paz.

Padres y madres, educadores y alumnado forman un triángulo cuyos vértices se necesitan mutuamente, de forma que no puede haber una educación que for-

me ciudadanos del mundo si no existe esta interacción permanente entre los protagonistas del proceso educativo. Todos aprenden y se forman recíprocamente.

Familias y educadores son los alfareros de este vaso nuevo, de este mundo nuevo que queremos construir. Debemos proporcionar a nuestros jóvenes las herramientas y las capacidades que les permitan establecer, mediante la reflexión, sus propias respuestas a preguntas esenciales, esas cuestiones que a veces incluso somos incapaces de plantearnos porque nos distraemos fácilmente con el tremendo vocerío de lo superfluo que nos impide concentrarnos en las cuestiones básicas, en los grandes desafíos sociales, medioambientales, culturales y morales de este fin de siglo y de milenio. El futuro puede ser menos sombrío que el presente. A condición de que, día a día, sepamos diseñarlo y construirlo. Cada uno. Todos juntos.

Estemos a la escucha de los profesores, de quienes normalmente de forma ejemplar están dedicados a la docencia, transmitiendo conocimientos pero, sobre todo, educando, es decir, contribuyendo a formar seres humanos libres y responsables, que pongan en práctica un nuevo concepto de trabajo en el que la tecnología esté siempre a la disposición de los trabajadores y no al revés.

Quiero recordar la importancia de la realidad. Si no conocemos la realidad, no la podremos transformar. Y si la conocemos solo superficialmente, la podremos modificar solo superficialmente. Por tanto, la tenemos que conocer en profundidad para transformarla, si es necesario, en profundidad. Y en este

sentido, quiero decir que pensemos si la mayor parte de las informaciones que recibimos, sobre todo ahora con Internet y con estos métodos fantásticos de información, reflejan la realidad. Tenemos que saberlo porque, si solo vemos lo visible, lo que iluminan los focos de la comunicación, no conocemos la realidad. Tenemos que cerrar los ojos y ver la realidad en su conjunto. Tenemos que ser capaces de ver lo invisible.

Hoy, en medio de tantas incertidumbres y desentrenamiento intelectual, es más necesario que nunca contar con la brújula de unos valores, de unos principios que inspiren nuestras actitudes. Los ideales democráticos de justicia, libertad, igualdad y solidaridad constituyen, junto a la Declaración Universal de Derechos Humanos, los lazos comunes a la infinita diversidad cultural que distingue a la especie humana.

En ausencia de un desarrollo educativo adecuado, la participación ciudadana en la toma de decisiones resulta simbólica o inexistente. Solo la educación permite cultivar la capacidad de expresión, que es garantía de una auténtica participación democrática. Solo si logramos hacer realidad el ideal de «educación para todos a lo largo de toda la vida» realizaremos con éxito la gran transición de la cultura de la fuerza y de la imposición, de la cultura de guerra y de violencia en la que estamos viviendo, a la cultura de diálogo, de tolerancia y no violencia que propugnamos para el nuevo siglo.

La libertad será el distintivo de este siglo. La educación del siglo XXI deberá preparar a los ciudada-

nos para el advenimiento de una era de auténtica democracia. Este es el reto que hemos de afrontar actualmente. Por eso necesitamos una revolución del saber, sin la cual la llamada «revolución digital» de la nueva tecnología de la información solo acarreará más desigualdad, injusticia y exclusión. Discernir entre lo factible y lo éticamente admisible y aplicar adecuadamente, y a tiempo, el conocimiento: en esto consiste, en buena medida, la sabiduría.

¡*Sapere aude!* ¡Atrévete a saber! Atreverse a saber y saber atreverse. Hace muchos años, mi padre, que era un empresario hecho a sí mismo —no tenía educación superior y fue un gran empresario— me decía que «el riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil». Si no nos atrevemos a aplicar el conocimiento, no sirve para nada. Era el año 1948. Yo leía a Camus, era joven. Cuánto me impresionó el final del capítulo de uno de sus libros, que decía: «Les desprecio, porque pudiendo tanto se atreven a tan poco».

¡Que no nos lo digan las generaciones que vienen a un paso de las nuestras! Que sepan que, al menos, hemos sido capaces no solo de generar conocimientos, no solo de difundir conocimientos, sino que nos hemos atrevido a utilizarlos, nos hemos atrevido con este conocimiento a ser faro y a ser torre vigía. Nos hemos atrevido a hacer esta gran transición de la fuerza a la palabra, que es aquella que puede favorecer en mayor grado a las generaciones venideras.

### Autoría

**Federico Mayor Zaragoza** nació en Barcelona, en 1934. Doctor en Farmacia por la Universidad Complutense de Madrid (1958). Catedrático de Bioquímica de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada (1963), de la que fue Rector (1968-1972). Catedrático de Bioquímica en la Universidad Autónoma de Madrid (1973-2004). Co-fundador del Centro de Biología Molecular Severo Ochoa. Ministro de Educación y Ciencia del Gobierno español (1981-1982). Diputado del Parlamento Europeo en 1987. Director General de la UNESCO (1987-1999). Presidente del European Research Council Expert Group (2002-2005). Co-Presidente del Grupo de Alto Nivel para la Alianza de Civilizaciones (2005-2006). Presidente de Initiative for Science in Europe (2007-2010). Presidente del Consejo Directivo de la Agencia de Noticias IPS (2008-2012). Presidente de la Comisión Internacional contra la Pena de Muerte (2010-2017). Presidente del Consejo de Participación del Espacio Natural de Sierra Nevada (2011-2017). En 1999 creó la Fundación Cultura de Paz, de la que es Presidente. En febrero de 2016, Co-Presidente del Instituto Universitario de Derechos Humanos, Democracia y Cultura de Paz y no Violencia (DEMOSPAZ).





Federico Mayor Zaragoza  
Galería de retratos de ministros de Educación  
Autor: Álvaro Delgado Ramos (1922-2016)

### *In memoriam*

*Una gran pérdida para la humanidad, para España y para el mundo. Federico Mayor Zaragoza era un hombre de ciencia y defendió la ciencia. Así empezó su carrera, pero luego fue también un hombre de la conciencia, de la conciencia universal. Descubrió, cuando era director general de la Unesco, el mundo de las desigualdades, de la pobreza, de la miseria, de la necesidad de la paz y, desde entonces, fue un inspirador para todos aquellos que hemos seguido o que hemos tratado de seguir su camino. Fue el que construyó el concepto de «cultura de la paz», que es un concepto que sigue vigente en las instituciones de Naciones Unidas y que siguió luchando día a día para que se reconociese la necesidad del diálogo y la fraternidad y hermandad entre los seres humanos.*

*Tenía un mantra que repetía sin parar, apelando a la propia carta de Naciones Unidas que en su preámbulo dice: «nosotros los pueblos», no las naciones, no los estados, «nosotros los pueblos», los ciudadanos del mundo somos los que tenemos que levantarnos y exigir justicia libertad y paz. Y eso lo dijo hace dos semanas cuando se dirigió con un vídeo muy emotivo al 10.º foro de la alianza de civilizaciones en Cascais. Fue su última intervención.*

*Para mí ha sido mi mentor, ha sido mi guía y hoy nos despedimos de él, pero no nos despedimos de su legado y el legado lo vamos a seguir defendiendo. Hoy más que nunca le necesitábamos en un mundo confuso, paralizado por las guerras, los conflictos, la incapacidad de parar crisis como las que estamos viviendo y, por lo tanto, él seguirá inspirándonos para continuar su legado y hacer un mundo mejor.*



MIGUEL ÁNGEL MORATINOS  
Alto Representante para la Alianza de Civilizaciones de la ONU  
(Declaraciones publicadas por Europa Press)

<https://www.youtube.com/watch?v=DTbyfcbHbEs>

